

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

¡Ay que gusto y qué plase é cosa rica!

—Una cata de *Laba*, á lo muy conocidos *pezonaje* (muy conocidos en sus cazas) *Citón, Colón, Cuchy* y otros.

—¿Y á qué viene ahora que recuerdes á los negros, Sancho farandulero?

—Porque no es posible habla en *banco* cuando se tata del niño *Laba*, é *redentón* el mismo nos da idea del estilo en que se debe *habla* de sus cosas. Después de saludá á sus amigos *Citón, Colón, Citón*... y demás, dice:

«Desde luego con el cariño con que me saludan, recordando los días negros...»

—Ote ve? *Día nego* debió deci *Laba* en *nego catedático*, ó, mejor dicho, ni *nego* ni *catedático* (esto muchísimo menos que lo otro). Pero, así como doña Emilia Pardo Bazán rabia por afeitarse, y á D. Emilio Castelar le gusta la costura y el arte culinario... á D. Rafael le dá por echárselas de *nego*. Ciertó que el tal parlanchín... vale mucho menos que un negro. Pero veamos la cartita de *Laba* á *Citón, Colón, Citón* y *Cuchy*, que tiene miga.

Pues el protector de Gualberto Gómez, aquel negrito (de vedá) que tenía *Laba* alquilado para los efectos oratorios... canta victoria, está contentísimo, cuenta como triunfo suyo la presente situación... está alegre... ¿y por qué? No quiero detenerme á pensarlo. La única filosofía del caso es la que inspira ese regocijo del caballero de *La Tribuna*. Luego, niño *Laba*, recuerda con entusiasmo al gran Saco... y á otros... Pero esto del gran Saco me ha hecho á mi mucha gracia...

¿Quién será este gran Saco?

Y dígame vuesa merced. ¿Quiénes son los demás caballeros que cita en la carta *Labita*? Vaya usted á saberlo... ¡Qué pléyade! ¡Cuánta enseñanza! ¡Cuánta virtud!

¡Qué cursil! ¡Cuánta pamplina y cuánta boberia!

¡Ah! ¡oh!

Hasta hace poco tiempo, el tal abogadillo estaba escondido. No aparecía por parte alguna; apenas si se atrevía (echándose las, no sabemos por qué, de gran republicano) á asomar el hociquito en ningún sitio público...

La nación vertía su sangre... luchando contra la miserable arteria y vileza... de esos Lópezes y Sánchezes... y españoles adulterados que habían provocado la insurrección... *Laba* no las tenía todas consigo; temía que á sus predicaciones *autonomistas* danziparantes las diéramos tal importancia, que las atribuyésemos el origen del separatismo.

¡Pobe D. Rafael! Que ni sabe *escribí ni habá*, ni ha revelado jamás conocer nuestros libros antiguos sobre América, ni ha hecho otra cosa que repetir los artículos de las institutrices y de los curas protestantes norteamericanos... De los norteamericanos... los mayor enemigos de los negros y los más egoístas explotadores de los humildes...

Y ahora *Laba* aparece, señor y amo mío, y aparece muy ufano... ¡Triunfo! Es de los que piensan que la autonomía será aceptada con gozo por los insurrectos... y que es muy honroso para España otorgar las reformas camarianas... *Laba* ha adelantado mucho; ya escribe *instauración y allende el Atlántico*, y hace estas construc-

ciones: «En momentos como el presente es obligado el concurso...»

—Déjate de criticar al menudeo y no des importancia alguna, Sancho amigo, á un pobre hombre, un abogado hablador que se ha buscado, por medios que no son censurables, su trabajo y su notoriedad. Ha hecho ruido... He aquí todo.

—Pues por el ruido que ha hecho D. Rafael es por lo que hablo. Enójame que en estos momentos se atreva á presentarse el hombre como el autor de un nuevo mundo... ¡cuando no ha hecho durante toda su vida otra cosa que estarse aquí haciendo la *plañidera* por los cubanos... con exageraciones retóricas que siempre me parecieron imprudentes! En su derecho estaba el señor *Laba*; pero también nosotros estamos en el nuestro diciendo que nos hace hoy reir con esos aires que él se da de profeta, grande hombre y redentor ó poco menos.

¿Qué podíamos nosotros dar á Cuba? ¿Las mismas instituciones y leyes que tenemos? Siempre ha habido en nuestras colonias, sobre poco más ó menos, la misma legislación que en la Metrópoli... Si esta legislación era mala, ¿por qué no luchó D. Rafael... por reformarla?

—En fin, ¿me haces reir, Sancho! ¿Y á qué viene todo eso?

—¿A qué? A que nuestro partido republicano ha sido, y es y será inocente en extremo... En vez de hacer crítica estadística y bien precisada, en vez de estudiar su política sobre datos... se ha dejado embobar con palabrería y ha prestado ayuda á abogados que en vez de ganarse sus puestos en el rudo, constante y privado trabajo profesional, han tomado la política para hacer paradas de ferias y anunciar que existían. Claro es, se dirán los clientes, que cuando este abogado tanto interés se toma por la cuestión filipina, cuando por ello no han de pagarle honorarios, ¿qué no hará por asuntos que le importen ganancia?

La danza de los autonomistas va siendo divertida.

A son de acordeón. *Citón, Colón, Citón*... bailan una regocijada *concilié*. Lástima es que no se haya puesto aún en el circo de Parish la anunciada zarzuela *El Relámpago*.

Podrían Cuba y sus amigos acudir á aprender el tanguito de negros é ir á bailar en el patio del ministerio de Ultramar para divertir á Moret, que en estos momentos está haciendo de Licurgo á domicilio y piensa llevar unos Códigos de última novedad á los *Aschantis*.

—Basta de puerilidades, Sancho. Tú no puedes censurar á ciudadanos que en uso de su derecho han defendido las ideas que han creído justas. De lo contrario serás tan republicano como Carulla (con perdón sea dicho) ó como Cerralbo. Así, pues, cállate.

—¿Qué he de callar, señor, qué he de callar, señor, si el regocijo ó la satisfacción de ese *Laba* y sus amigos le parecerá á usted enojosa; si usted lee los periódicos insurrectos y aun algunos de los autonomistas! ¡Si es que el tal *Laba* (D. Rafael) es tan oportuno que ahora nos recuerda qué existe! Ahora cuando debemos estar indignados con la infame conducta de los filibusteros *maniquos* y de los que diciéndose amigos de España, afirman descaradamente que la autonomía hoy es la seguridad de la independencia dentro de un año».

D. Rafael, ¿por qué no ha callado usted? Hubiera sido mejor. Nadie dudó de las honradas intenciones de usted; pero hoy, hoy surge el triste resultado que tocamos.

¡Silencio ó guerra!

LA MUERTE DEL TIRANO

Al fin llegó para él la hora de la justicia. ¿Qué se había hecho de su grandeza, de su poderío, de su prepotencia, de su orgullo? Lívido, demudado, aguardaba la muerte de manos de aquel pueblo, al que por tanto tiempo esclavizara. No veía, mirando en torno, sino ojos centelleantes y ademanes de amenaza. Ni una mirada de piedad se fijaba en el miserable que fué, en sus días de poder, azote de la especie humana.

El Hércules, de fuerza irresistible, el gran gigante de millares de brazos, dió tregua un momento á las expansiones de su inmensa cólera, como si hubiera querido gozarse en el espanto de su víctima. Un silencio lúgubre, más amenazador y siniestro que todos los tumultos, reinó algún tiempo alrededor de aquel desdichado. Parecía como si la muchedumbre se recogiera en sí misma antes de dar rienda suelta al demonio de sus venganzas.

—No basta que muera—clamó desde el seno de la multitud una voz saturada de odio.—Es necesario que expie sus crímenes uno por uno. Pague al pueblo lo que ha hecho al pueblo. Ojo por ojo, diente por diente. Acordaos de la pasada opresión. ¡Cuántas vidas arrebatadas, cuántos tormentos sufridos, cuántas viudas, cuántos huérfanos, cuántas madres sin hijos, cuántas doncellas deshonradas, cuántos patrimonios robados, cuántas víctimas sacrificadas por su despotismo, muertas á manos del dolor ó entre las garras del hambre! ¿Qué es una vida á cambio de tales horrores? Hay que hacer sufrir á ese monstruo lo que él ha hecho sufrir. Así lo impone la santa ley de la expiación.

Arrebatada de cólera iba ya la muchedumbre á precipitarse sobre el objeto de su execración, cuando un anciano, de aspecto venerable, se interpuso valerosamente entre la víctima y sus verdugos, clamando:

—¿Qué vais á hacer, insensatos? ¿Qué loca pretensión es la vuestra? ¿Juzgáis posible hacer sufrir á ese hombre uno por uno todos los males que ha causado? ¿Tiene él millares de vidas que le arrebatéis, millares de hijos que podáis inmolarse, millares de cuerpos para sufrir, millares de miembros que perder, millares de corazones que angustiar? Atemperad vuestra justicia á la pequeñez del reo y no á la magnitud del delito. La capacidad del crimen excede infinitamente en el malvado á la de la expiación. Que cada uno de vosotros devuelva al ofensor sólo una parte mínima, insignificante, del mal que de él ha recibido. Si Dios en sus premios da ciento por uno, dad vosotros en vuestras venganzas menos de una millonésima. Que la madre que haya perdido un hijo por culpa de ese hombre hunda tan sólo un alfiler en sus carnes. Que aquel á quien ha hecho perder un miembro pueda arrancar con sus uñas un trozo de su piel. Que el deshonrado por él pueda escupirle y el arruinado golpearle. Que ninguno se exceda en el castigo más allá de este límite. Que, midiendo de un lado el agravio y de otro la repara-



¡Día feliz, dichoso día!
¡Me tocó la lotería!

VILLANCICO



Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir,
que Moret está de parto
¡y nos ha puesto á parir!



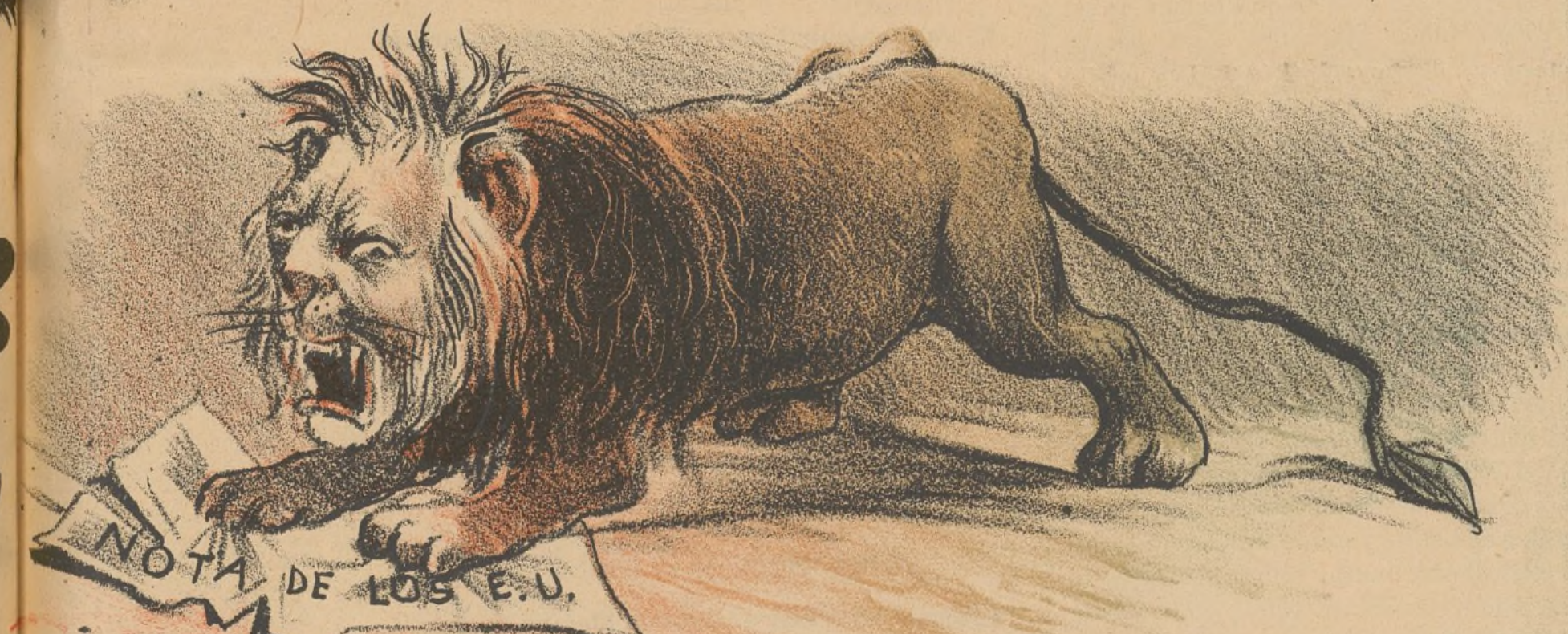
Los sueños de Limón.



Aquí están los reyes magos;
si nos dieran á escoger,
yo creo que nos quedaríamos
sin ninguno de los tres.

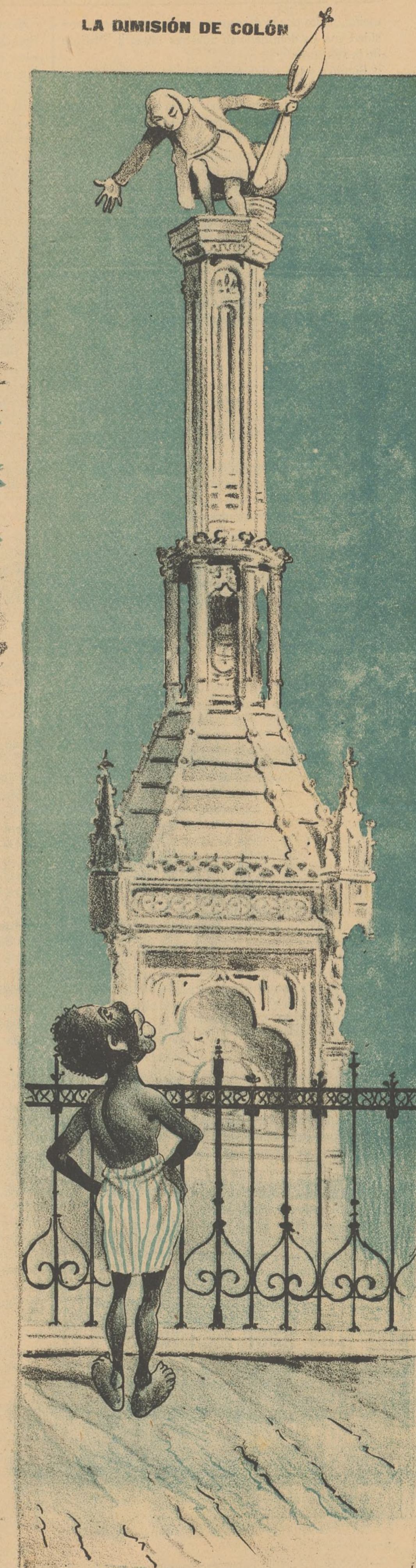


El pastelero mayor del reino.



Lo que debiéramos hacer con la última Nota de los
Estados Unidos.

LA DIMISION DE COLÓN



—Suba usted á ocupar mi puesto, que para la falta
que aquí hago...

ración, nadie pueda desconocer la magnánima generosidad que ha dominado en nuestras almas al instinto de la venganza.

Siguió á estas palabras una terrible escena. Con la serena calma de quien cumple un deber, iban destacándose uno á uno de la gran masa popular, cuantos fueron un día víctima del tirano. Cada cual le imponía su parte de castigo. A un vengador sucedía otro y otro en serie inacabable. La muchedumbre se agitaba como un mar en incesante remolino. Poco á poco el cuerpo del desgraciado, retorciéndose entre tormentos espantosos, iba perdiendo la forma humana. Primero fué una máscara trágica y sangrienta. Luego un esqueleto sólo á trechos cubierto de carne. Después algo informe, monstruoso, indiscernible, un montón sin nombre de restos ensangrentados, un desperdicio de matadero propio para manjar de perros.

Cuando la feroz muchedumbre, calmada su cólera se hubo retirado, al contemplar aquel espectáculo tan repugnante como horrible:

—¡Qué horror!—no pudo menos de exclamar.

Sentí que una mano se posaba en mi hombro. Era la del anciano del aspecto venerable, que había prescrito poco antes al pueblo la forma en que debía ejecutar-se el martirio del tirano.

—Es horrible, ¿verdad?—me dijo.—Sí, es un espectáculo espantoso, espantoso. Y, sin embargo, sobre esos restos que ahí yacen en el polvo, no se ha ejercido sino una parte mínima apenas apreciable de lo que ese malvado consumió un día contra sus semejantes. Un millón de cuerpos destrozados como ese cuerpo, apenas daría idea de la hecatombe causada por la tiranía. ¡Tan gran daño puede causar un solo delincuente, cuando la flaqueza, la ceguera ó las preocupaciones de los hombres ponen en sus manos el poder que sólo para defenderse contra tales seres instituyó la sociedad!

ALFREDO CALDERÓN.

EL PADRE

(Traducido expresamente para «Don Quijote»)

Siempre borracho estaba, y siempre fiero, pegaba á su mujer. Dura cadena, por el hambre y el vicio remachada, unió hace tiempo á la infeliz pareja.

El miedo de vagar sin pan ni abrigo á la consorte mísera sujeta en casa de hombre tal, que la maltrata.

Furioso él y avinagrada ella, la riña entre los dos era constante; y, por sus maldiciones y sus quejas, el vecindario todo conocía á qué hora se cerraban las tabernas; luego, en el cuarto mísero reinaba pavorosa quietud. En la inclemencia de un día de Diciembre tormentoso, en que el frío y el hambre enardeceran la actitud agresiva del beodo

y el rencor de su pobre compañera, un hijo les nació. ¡Sér desgraciado, cuna acogida con temor y pena; humilde frente, sólo bautizada por un ósculo amargo de tristeza, y que no era por esto menos pura ni su tez sonrosada menos bellal

Borracho, como siempre, al otro día volvió el hombre á su hogar; pero en la puerta se detuvo prudente y silencioso.

Miróle su mujer con extrañeza y, con fiero ademán, meciendo al niño, gritó en tono sarcástico:—¡Golpeal! ¿Qué detiene tu brazo? Te esperaba; ceba en mí tu furor; estoy dispuesta. ¿Acaso hoy el invierno es menos duro? ¿Costó menos el pan? ¿La borrachera no te domina como siempre?... ¡Habla!—Pero el padre, avanzando con cautela, dirigió sobre su hijo, que dormía, una mirada, entre brutal y tierna, y en voz muy baja, dijo:—¿No comprendes que si te pego, el niño se despierta?

FRANÇOIS COPPÉS.

LOS HIJOS ILEGÍTIMOS

- ¿Murió al fin?
- Murió.
- ¿Con testamento?
- Intestado.
- ¡Infelices hijos!
- ¿Hijos? No los tenía.
- ¿Puedes ignorar que fuesen hijos suyos Jorge y Elvira?
- Hijos de adulterio.
- ¿Dejan de ser hijos?
- No los reconoció jamás la familia. No quiso nunca consentir su deshonra.
- La deshonra, si la había, estaba en tu hermano y no en tus sobrinos.

Tú no desconoces, además, las luchas de Guillermo. Alma generosa, se compadeció de la tan bella cuanto pobre Tula, á quien había torpemente abandonado Enrique por una cortesana. Sintió á la larga convertirse en amor lo que antes fué cariño, y procuró y obtuvo, como tú no ignoras, el divorcio de Tula. El divorcio desune aquí los cuerpos, no las almas, y sólo por la muerte rompe los vínculos del matrimonio consumado. Para sus fines, nada adelantó con él Guillermo en las vías de la ley; pero sí en su conciencia. Se instaló públicamente con Tula en el hotel del Parque y la presentó al mundo como su consorte.

—¿Y tú lo apruebas? ¿Olvidas el escándalo que con esto produjo? Lo renovó cuando nacieron Elvira y Jorge. Los inscribió como hijos de él y de Tula, y participó á deudos y amigos el nacimiento.

—¿Querías que los dejara sin nombre? ¿Querías que los matara en el seno de Tula, ó los ahogara al primer vagido, ó los entregara en el torno de la Inclusa á la más negra suerte?

—Debí cubrir la honra de sus padres.

—¿La cubría con deshacerse de sus hijos? ¡Oh, almas viles, á quienes sublevan faltas públicas y no ocultos crímenes! Ni aun muerto, podéis perdonar á Guillermo su vida con una mujer que un marido infame dejó en el arroyo. De otra, muy de otra manera le juzgarías, si hubiese querido, como vosotros decís, salvar las apariencias. No habría entonces desmerecido á vuestros ojos, aunque hubiese profanado el hecho de cien maridos.

Pero es hora ya de pensar, no en él, sino en Jorge y Elvira. Tú eres, por el Código, el único sucesor de Guillermo; ¿qué te propones hacer de su herencia?

—Donosa pregunta. ¿No me echaste el otro día en cara que malverso el caudal de Matilde? Malversaré en adelante el mío.

—¿Y los menores?

—Mientras no cumplan los veintitrés años, les daré los alimentos que la ley exige.

—¿No te obliga á más la conciencia?

—No me obliga á más el derecho.

—¿Lo crees justo?

—Estrictamente justo. ¿Había de poner la ley los hijos espúreos al nivel de los legítimos? ¿Había de condenar el crimen y reconocer sus frutos?

—Dí: ¿tus sobrinos vinieron por su voluntad á la tierra? ¿Pudieron escoger el seno en que habían de ser engendrados y concebidos? ¿No? ¿Por dónde han de ser entonces responsables de haber nacido de padres adúlteros?

—¿Los castigan acaso las leyes?

—Los despojan: ¿Te parece flojo castigo?

—¿Qué derecho tienen á la fortuna de sus padres?

—¿Lo tienen los demás hijos?

—Equipara los hijos bastardos á los legítimos, y conviertes en concubinato el matrimonio, en lupanar la familia; abres la puerta á todo linaje de desórdenes.

—¿No hay otro medio de reprimirlos que por el despojo de los hijos? Castiga enhorabuena al que delinque; ampara al inocente. Agrava, si te parecen aún suaves, las penas del Código contra los adúlteros: priválos, si quieres, de la patria potestad; niégales el derecho de sucesión á sus descendientes y aun á sus ascendientes, quítales el de ciudadanía; nunca, nunca aconsejes ni consentas que bajo forma alguna caigan en la cabeza de los hijos las faltas de los padres.

Es absurda esa distinción entre hijos legítimos é hijos bastardos. Hay padres legítimos y padres ilegítimos, sólo hijos legítimos. Por no haber recaído la distinción en los padres, obscurece aún los Códigos de todas las naciones cultas esa flagrante injusticia contra los hijos espúreos. Pobres y oscuras víctimas de un error jurídico, ¿cuándo llegará el día en que ni el Estado os despoje ni la sociedad os afrente?

Apelo á tu conciencia y á tu corazón, Federico. Recoge la herencia de Guillermo, entrégala toda á sus hijos, cumple la voluntad de tu hermano. Aunque no la dejó escrita, la sabemos cuantos le tratamos. Vivía en Tula y sus hijos.

F. PÍ Y MARGALL.

LANZADAS

Algunos periódicos—¡Dios se lo perdone!—critican al general Weyler por haber éste protestado de los términos injuriosos para el ejército, en que está redactado el Mensaje de Mac-Kinley.

Excesos del ministerialismo.

Porque el general Weyler ha demostrado con su protesta que todavía hay en España un ciudadano que tenga vergüenza.

D. Carlos piensa abdicar su fantástica corona en su hijo D. Jaime.

Muy bien hecho.

¡Pero nosotros nos permitimos protestar en nombre de Folchí!

El famoso cabecilla Rius Rivera ha llegado á Cádiz en el vapor *Colón*.

Y según ha tenido á bien comunicarnos Mencheta, ha hecho un viaje felicísimo.

Hay que advertir que Rius Rivera viajaba en camarote de primera.

Porque, afortunadamente, todavía hay clases.

Y supuesto que los soldados que regresan enfermos á la madre Patria viajan en el sollado, nos parece lógico que los cabecillas insurrectos viajen en camarotes de primera.

Leemos con el natural rubor:

«Por orden del ministerio de la Gobernación y sin comunicar aviso previo á Toledo, marchó ayer tarde á dicha capital el director de administración, á fin de girar una visita al colegio de doncellas nobles.

Dicha visita debe tener por objeto la comprobación de hechos que se hayan denunciado.»

¡Cielos! ¿Si habrá estado en la ciudad del mazapán nuestro amigo Linares Rivas?

Los ministros, según nos hace saber *La Correspondencia*, han recibido muchas felicitaciones en estos días de Pascuas.

Si, estos días son de plácemes para todos los españoles.

Porque todos vivimos en plenas Pascuas.

De *El Correo Español*:

«También ha pintado el Sr. Vázquez un precioso medallón con las cabezas de Carlos VII y de doña María Berta.»

¡Buena empresa la de ese pintor!

¡Descubrir la cabeza de D. Carlos!

Según dice un periódico de Alicante, puede calcularse en 25.000 arrobas el turrón elaborado este año en Jijona.

¡Bah! Más lleva repartido el Sr. Sagasta desde que ocupa el poder.

En la feria de ganados que se está celebrando en Zumárraga se ha presentado un cerdo (con perdón) que pesa nada menos que treinta y cuatro arrobas.

¡Treinta y cuatro arrobas!

¡El peso aproximado de Mac-Kinley!

El graaen Aguilera proyecta derribar medio Madrid.

¡Ay! Si nos dejaran á nosotros empuñar la piqueta.

Vispera de Reyes:

Pablo Cruz—¡siempre tan guasón!—bromea con Sagasta.

—D. Práxedes, ¿por qué no pone usted los zapatos en el balcón para ver lo que le traen los reyes?

—¡Bah! ¡Ya lo sé!—contesta el presidente.—¡Algún aspirante á ministro insular!

Ese señor que ha pasado

si que tiene buena tripa.

—Es mucho lo que ha engordado.

—¿Quién es?

—Es un empleado...

¡de esos que fuman en pipa!

Libros: La última producción literaria de Ricardo Sepúlveda, tan popular en España por la índole de sus obras, titúlase *Antiguallas*. Este libro, como todos los suyos, revela, no solo extraordinaria erudición histórica y literaria, sino un gran sentido crítico y un profundo conocimiento de los usos y costumbres de nuestro pueblo en los siglos pasados.

Esta obra, ilustrada con magníficos grabados, forma un volumen de 394 páginas, que se vende en las principales librerías á 8 pesetas ejemplar.

ALMANAQUE DE DON QUIJOTE PARA 1898

Se ha puesto ya á la venta.

Consta de sesenta y cuatro páginas, lleva una cubierta en colores—¡en muchos colores!—y está autorizada con la firma de los notables escritores Blasco (Ensebio), Iruela (José), Aza (Vital), Villaspesa (Francisco), Zahonero (José), Machado (Manuel), Campoamor (Ramón de), Rueda (Salvador), Sawa (Miguel), Urrecha (Federico), Pérez Zúñiga (Juan), Alarcón (Pedro Antonio de), Sellés (Eugenio), Paso (Manuel), Dicenta (Joaquín), Montoto (Luis), Reina (Manuel), Navarro Gonzalvo (Eduardo), Lustonó (Eduardo), López Silva (José), Castro (G. de), Menéndez Agutty (José), Gabaldón (Luis), Ramos Carrión (Miguel), Rodríguez Martín (Francisco), Pérez y González (Felipe), Irayzoz (Eduardo), Cavia (Mariano de), Rodao (José), Palacio (Manuel del), Pajarón (Agustín), Herrero (José J.), Tovar (Alfonso), Paradas (Enrique), Ferrari (Emilio), etc., etc.

De la parte artística se han encargado los populares dibujantes Sojo (*Demócrito*), Cilla, Rojas, Solar de Alba, Poveda y notables caricaturistas extranjeros.

Precio del Almanaque: 50 céntimos para el público y 35 para nuestros corresponsales.

Con que ya lo saben ustedes.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.